



## El nacionalismo en el centro y en la periferia del capitalismo



# El nacionalismo en el centro y en la periferia del capitalismo

Unidad de Coyuntura y Prospectiva—INTA

Julio 2008

## prólogo

El Dr. Luiz Carlos Bresser Pereira es profesor de la Fundación Getulio Vargas y de la École de Hautes Études en Sciences Sociales y columnista de la Folha de Sao Paulo. Fue Ministro de Hacienda del Presidente Jose Sarney; Ministro de Administración Federal y Reforma del Estado durante el primer mandato del Presidente Fernando Henrique Cardoso; y Ministro de Ciencia y Tecnología, durante los primeros seis meses de su 2º mandato.

En este trabajo sostiene que el nacionalismo es una de las cinco grandes ideologías de las sociedades modernas, junto con el liberalismo, el socialismo, el eficientismo y el ambientalismo. De estas cinco ideologías, que surgieron con el capitalismo, el autor considera que el nacionalismo es esencial para que un país de la periferia del sistema mundial, pueda formular una estrategia de desarrollo sustentable para alcanzar gradualmente los niveles de vida de los países ricos: Sin embargo, señala que el citado nacionalismo debe estar combinado con los otros grandes objetivos de las sociedades modernas.

Mientras que en los países centrales el nacionalismo está explícito y sus élites hacen un pacto con su pueblo o ciudadanía, en los países en desarrollo el nacionalismo está implícito y sus élites acostumbran a hacer un pacto con la élite o las élites de los países centrales. Esta característica es para Bresser un elemento distintivo de uno y de otro nacionalismo y de sus consecuencias. Si el nacionalismo no está explícito, como acontece en un país en desarrollo, deriva fácilmente al "cosmopolitismo" o sea en una asociación subordinada a los intereses de la élite del país central.

En este sentido, Bresser agrega que las élites de los países de América Latina son descendientes de las élites de los países centrales, mientras que las élites de países como China e India son nativas.

Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria



Presidente  
**Ing. Carlos Alberto Paz**

Vicepresidente  
**Dr. Amadeo Nicora**

Director Nacional  
**Ing. Agr. Néstor Oliveri**

COORDINADOR de la UCyP  
**LIC. RUBÉN DARÍO PATROUILLEAU**



Autor:

**Luiz Carlos Bresser-Pereira**

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL  
ANA MARÍA MERLINO

*Luiz Carlos Bresser-Pereira es profesor emérito de la Fundación  
Getúlio Vargas (lcbresser@uol.com.br -  
www.bresserpereira.org.br).*

## EL NACIONALISMO EN EL CENTRO Y EN LA PERIFERIA DEL CAPITALISMO

Publicado en *Estudios Avanzados* 62, Enero/Abril 2008

Luiz Carlos Bresser-Pereira

*En este trabajo, en primer lugar, sostengo que el nacionalismo es una de las ideologías de las sociedades modernas, junto con el liberalismo, el socialismo, el eficientismo y el ambientalismo. Enseguida, en la primera sección, defino a la nación como la forma de sociedad políticamente organizada que nace con la revolución capitalista y lleva a la formación de los Estados-nación, y al nacionalismo como la ideología correspondiente: su objetivo es la autonomía y el desarrollo económico nacional. En la segunda sección, distingo el nacionalismo de los países centrales del de los países periféricos; mientras que en los primeros el nacionalismo es implícito, en los periféricos es explícito o deriva al cosmopolitismo. En la tercera sección, argumento que, aunque el imperialismo sea inevitable entre países fuertes y débiles, cambiará de características en la medida en que esa relación de fuerzas se modifique gracias al nacionalismo de los dominados. Todavía en esa sección, hago una breve referencia al Brasil. Finalmente, vuelvo a las ideologías del capitalismo para mostrar que, a diferencia de las otras, el nacionalismo es una ideología individualista – lo que aumenta la resistencia a ella y facilita la tarea de dominación de los países centrales. No obstante, el nacionalismo no muere porque es un principio organizador de la sociedad capitalista.*

*PALABRAS CLAVE: Ideología, Nación, Nacionalismo, Globalización.*

El nacionalismo es una ideología individualista en vez de universal, y cuando asume un carácter radical sus consecuencias son terribles – más violentas que las resultantes de la radicalización de las otras grandes ideologías del capitalismo. Por eso – y también porque a los países ricos no les interesa su existencia en los países en desarrollo –, el nacionalismo es una ideología de la que siempre se sospecha. Sin embargo, como el nacionalismo es la ideología que legitima a las naciones, y dado que la sociedad moderna está organizada territorialmente en Estados-nación, es una ideología fuerte y omnipresente. Las otras ideologías también son importantes, pero como la competencia entre los Estados-nación es el factor económico y político de más amplio alcance en el capitalismo global, el nacionalismo, aunque muchas veces sea disfrazado, o negado, siempre tiene un papel central.

Durante la guerra fría el conflicto ideológico principal parecía ser entre liberalismo y socialismo, pero en cuanto la Unión Soviética entró en colapso quedó claro que aún el conflicto Estados Unidos- Unión Soviética, era entre dos nacionalismos. Además, cuando vemos la experiencia más extraordinaria de ingeniería política de la historia (la construcción de la Unión Europea) podemos interpretarla como una negación del nacionalismo y de hecho lo es en la medida en que resultó de la decisión de Francia y de Alemania de que limitarían sus nacionalismos y no harían la guerra. Pero también podemos pensar a la Unión Europea como el proceso de creación de una “nación” más amplia, multiétnica y multilingüe – la nación europea – por medio de la formación de un Estado-nación más amplio, al mismo tiempo que se preserva la identidad nacional de sus diversos componentes.<sup>1</sup> El nacionalismo sigue, por lo tanto, teniendo un papel decisivo en la vida política de la humanidad. Conforme lo observó Benedict Anderson (1991, p.3), “el fin de la ‘era del nacionalismo’, tan insistentemente profetizado, no está ni siquiera remotamente a la vista. De hecho, el sentimiento de pertenencia a una nación es el valor más universalmente legitimado de la vida política de nuestro tiempo”.

El nacionalismo es fruto de la revolución capitalista que, además dio origen a otra ideología de origen burgués, el liberalismo, y a tres ideologías – el socialismo, el eficientismo y el ambientalismo – cuyas orígenes son, respectivamente, la clase trabajadora, la clase media profesional y las clases medias en general. El liberalismo es la ideología de la libertad de pensamiento y expresión y de la libertad económica; es tanto el sistema de valores y creencias que justifican los derechos civiles como la tesis no necesariamente radical del *laissez-faire o de la mano invisible*. Una ideología originalmente revolucionaria contra el Estado absoluto y el mercantilismo, se transformó en una de las bases del conservadurismo moderno. No obstante, el liberalismo sigue siendo una conquista fundamental de la humanidad, como afirmación de los derechos civiles o del Estado de derecho.

El nacionalismo es la ideología que une a la nación, es el sentimiento de destino común que garantiza la cohesión necesaria para afirmarse en un territorio, organizar un Estado y formar, así, un Estado-nación. Es la ideología de la autonomía, de la seguridad y del desarrollo económico nacional. La nación, a su vez, es el grupo social razonablemente homogéneo que comparte un destino común y dispone o está en condiciones de llegar a constituir un Estado-nación, la unidad político territorial en que está dividida políticamente la humanidad en el capitalismo. El nacionalismo es una ideología originalmente burguesa, con una connotación popular, ya que sólo tiene sentido cuando los capitalistas, los trabajadores y la clase profesional superan de alguna forma sus conflictos internos, comparten un destino común, y se solidarizan en la competencia con las demás naciones.

El socialismo, a su vez, es la ideología de la justicia social. Marx lo definió como un modo de producción, pero esa forma de organización de la sociedad no se concretó y no hay perspectivas de que eso suceda en un

---

<sup>1</sup> La Unión Europea todavía no es un país, pero ya tiene una constitución, muchas leyes, una política comercial, un presupuesto, una bandera y una moneda comunes.

horizonte previsible. En compensación, una gran cantidad de valores socialistas que buscan la igualdad sustantiva entre los seres humanos fue incorporada a los sistemas jurídicos de los Estados-nación modernos, formando parte de su patrimonio común. Es la ideología de los derechos sociales que atiende primariamente a las minorías o a los oprimidos, a los pobres, a los trabajadores, a las mujeres y a las minorías étnicas.

El eficientismo – o ideología de la eficiencia, si preferimos evitar ese neologismo – es la ideología de la racionalidad instrumental, de la definición del medio más adecuado o menos costoso para alcanzar el fin buscado, de la eficiencia o de la productividad. Es una ideología originariamente tecnoburocrática o profesional que surgió a comienzos del siglo XX, a partir del momento en que las unidades fundamentales de producción dejaron de ser familiares para devenir organizaciones burocráticas, y en el que una nueva clase de profesionales o técnicos pasó a desempeñar un papel decisivo en la sociedad, porque tiene o pretende tener el monopolio del nuevo factor estratégico de producción: el conocimiento, tanto administrativo cuanto técnico y de comunicaciones.

Finalmente, el ambientalismo nace en el último cuarto del siglo XX, cuando la humanidad finalmente se da cuenta de que las sociedades industriales estaban destruyendo la naturaleza. Es originalmente una ideología de las clases medias tanto burguesas como profesionales pero tal como pasó con las otras cuatro ideologías, hoy es compartida, con intensidad distinta, por todas las clases.

Esas cinco ideologías corresponden, aproximadamente, a los cinco grandes objetivos políticos de las sociedades modernas: la seguridad, la libertad, la autonomía y el desarrollo económico, la justicia social y la protección del ambiente. Cuando esas ideologías se radicalizan, se transforman en fundamentalismos antidemocráticos y antihumanos. Eso es verdad en relación al liberalismo, que se transforma en neoliberalismo, al socialismo que degenera en estatismo, al eficientismo que reduce el progreso al crecimiento económico, y al ambientalismo que se transforma en rechazo al progreso.

Pero es especialmente cierto en relación al nacionalismo, cuando se radicaliza se define en términos étnicos, deja de definirse como elemento de la competencia internacional, se vuelve internamente contra los compatriotas de otras razas o religiones, y transformándose en racismo. Por eso, las sociedades democráticas del siglo XXI se comprometen con objetivos políticos para, y de ese modo, evitar que las ideologías se radicalicen y se perviertan. Por eso, es frecuente, en relación al nacionalismo, distinguir un nacionalismo étnico de uno político. Aunque la nación pueda tener como una de sus bases la misma etnia, la radicalización nacionalista de esa línea choca frontalmente con los valores universales que las sociedades modernas desarrollaron y consensuaron en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948.

Liberalismo, nacionalismo y eficientismo, socialismo y ambientalismo corresponden, respectivamente, a los objetivos de libertad, seguridad y desarrollo económico, justicia social y protección de la naturaleza. Como esos



cinco objetivos son políticos, la sociedad busca alcanzarlos por medio de la política y por lo tanto, del Estado. Como no siempre son objetivos coherentes entre sí, la política, que es el arte del compromiso y de la persuasión, trata de combinarlos de manera razonable. Las sociedades capitalistas y democráticas más avanzadas son sociedades nacionalistas, lo que no les impide ser también liberales, sociales y ambientalistas. Conforme lo observa Neil MacCormick (1999, p.67), “existe un lugar importante en el mundo contemporáneo para un nacionalismo liberal”, así como también existe un lugar para un nacionalismo social y ambientalista. No tiene sentido, por lo tanto, definir al nacionalismo como lo hace Miroslav Hroch (2000, p.88), como “nacionalismo *stricto sensu* es la visión que otorga absoluta prioridad a los valores de la nación ante cualesquiera otros valores o intereses”. Esa es una definición del nacionalismo fundamentalista.<sup>2</sup>

El nacionalismo es la fuerza unificadora de los Estados-nación modernos, o sea, de la unidad político-territorial constituída por una nación, un Estado y un territorio, en que está organizada la humanidad. En el Estado-nación, país o Estado Nacional, la nación es la sociedad nacional, mientras que el Estado es el sistema constitucional-legal y la organización que lo garantiza. En esa condición, el Estado, dotado por definición del poder de coerción para garantizar el imperio de la ley, es el instrumento institucional por excelencia de acción colectiva de la nación.<sup>3</sup> Mientras que en los sistemas precapitalistas avanzados el Imperio era la unidad político-territorial, en el capitalismo ese papel pasa a ser ejercido por los Estados-nación que hoy cubren todo el globo terrestre. En los imperios, el Estado antiguo tenía un único objetivo, la seguridad; los otros cuatro objetivos políticos surgen a partir de la revolución capitalista y de la separación entre lo público y privado.

Es a partir de ahí que se produce la separación entre lo público y lo privado, entre el Estado y la sociedad nacional, asumiendo ella a veces la connotación de nación y a veces la de sociedad civil. Por eso, nación y nacionalismo son, respectivamente, una forma de sociedad y una ideología del capitalismo; por eso es que Ernest Gellner (1983), Benedict Anderson (1991) y Anthony D. Smith (2003), no obstante sus diferentes alineamientos teóricos, relacionan las naciones con la modernidad, o sea con la revolución capitalista y el desarrollo económico. Sólo así podemos explicar la fuerza ideológica del nacionalismo en el capitalismo.

Montserrat Guibernau (1997) ofrece otras dos perspectivas para entender el nacionalismo – una esencialista, según la cual el nacionalismo derivaría del carácter antiguo e inmutable de la nación; la otra, psicológica, que lo relaciona con la necesidad de auto-identificación. La primera es simplemente una tesis equivocada, mientras que la segunda es una consecuencia del nacionalismo y de la constitución de las naciones. La necesidad de

---

<sup>2</sup> el historiador de los movimientos nacionales en Europa Oriental sabe del tema, y define lo que normalmente se denomina como nacionalismo como “movimiento nacional” – “los esfuerzos organizados de conquistar todos los atributos de una nación plena” (Hroch, 2000, p.87/8). Esa distinción, sin embargo, no es razonable.

<sup>3</sup> Nótese, por lo tanto, que distingo Estado-nación de Estado; el primero es una unidad político-territorial, el segundo, una institución. Puedo sin embargo usar la expresión “estados”, en plural, para significar Estados-nación; en singular es siempre la institución que, según Weber, tiene el monopolio de la violencia legítima, porque define la ley, es la misma ley, y la garantiza con el poder para ello.

pertenecer a grupos deriva del carácter esencialmente social del ser humano, aunque durante siglos asumió formas que nada tienen que ver con el fenómeno del nacionalismo.

Tanto la nación como la sociedad civil, son la sociedad políticamente organizada que surge a partir de la revolución capitalista y de la formación del Estado moderno. Mientras que la nación es la forma por medio de la cual las sociedades modernas se organizan políticamente para buscar el desarrollo económico, la sociedad civil es la manera mediante la que se organizan para lograr la libertad y la justicia social. En los dos casos, la sociedad políticamente organizada se distingue del “pueblo” – aquí entendido como el conjunto de ciudadanos con derechos iguales – porque tanto en la nación cuanto en la sociedad civil los poderes individuales son medidos por la capacidad de organización, por el conocimiento y por el capital. Las naciones, aún las identificadas o unificadas por el nacionalismo, están constituídas por clases sociales en relación de conflicto.

En las sociedades antiguas, la única clase social capaz de organizarse era la oligarquía propietaria de tierras y de armas, que se confundía con el Estado mismo. En cambio, con el capitalismo y el surgimiento de una clase rica y poderosa, pero sin poder directo sobre el Estado, como lo fue la burguesía, se separaba la sociedad del Estado, al mismo tiempo que la sociedad, ahora políticamente organizada, asumía la forma de sociedad civil o de nación. Fue Hegel quien se dió cuenta de la separación que estaba dándose entre sociedad y Estado y denominó a la sociedad políticamente organizada como sociedad civil o, significativamente, sociedad burguesa.

Al mismo tiempo, también otra expresión – nación – era utilizada para identificar a la sociedad políticamente organizada. Mientras que la sociedad civil es un concepto históricamente asociado a los objetivos universales de libertad, justicia y protección de la naturaleza, los objetivos políticos que la nación busca alcanzar son la autonomía nacional y el desarrollo económico nacional. Para organizarse políticamente y concretar esos objetivos, la nación necesita de un Estado como su instrumento de acción colectiva, y precisa dominar un territorio, de manera de poder así constituirse en Estado-nación. Por eso, una nación sólo existe realmente cuando un pueblo posee un Estado o está luchando por él y tiene posibilidades de obtenerlo.

En esa concepción, el Estado es siempre la expresión de la sociedad; es la institución que la sociedad crea para regular el comportamiento de cada uno y así asegurar el logro de sus objetivos políticos. Si la sociedad es autoritaria, con diferencias muy grandes de poderes entre la elite y el pueblo, el Estado será autoritario; en la medida en que disminuyen las diferencias en la sociedad, también se democratiza el Estado. Cuanto menores sean las diferencias de poder derivados del dinero y del conocimiento, y cuanto más cohesionadas estén la nación y la sociedad civil, más democrático y fuerte será el Estado y más capaz, por lo tanto, de desempeñar su papel de instrumento de acción colectiva de la sociedad.

Las cinco ideologías de las sociedades modernas están presentes en mayor o menor grado en el sistema de valores y creencias de cada ciudadano y en las respectivas instituciones. Como los objetivos políticos que ellas

buscan, son finales pero no siempre compatibles, lo que vemos en las sociedades y en sus Estados es un gran compromiso social. Cada sociedad busca una combinación razonable de los cinco objetivos y sus respectivas ideologías. Esas combinaciones varían para los mismos niveles de desarrollo económico y tecnológico, y eso nos permite hablar de modelos de capitalismo. En este trabajo concentraré mi atención sólo en el nacionalismo y, naturalmente, en la nación.

### **Nacionalismo, Estado-nación y desarrollo**

Nación y nacionalismo – la primera, una forma de sociedad, y la segunda, una ideología – son dos realidades sociales complementarias que surgen de la revolución capitalista. Los nacionalistas generalmente buscan sus raíces nacionales en tiempos inmemoriales – los alemanes, por ejemplo, gozan identificándose con la nación germánica; los franceses, con los antiguos galos, pero hoy existe un casi consenso entre los estudiosos del tema de que las naciones y las revoluciones nacionales que llevaron a la formación de los Estados-nación son un fenómeno moderno (Hobsbawn, 1990; Hutchinson & Smith, 1994; Thiese, 2001).

Walker Connor (1994, p.154), estudiando la formación de la nación francesa – una de las más antiguas del mundo –, cita el estudio de Eugene Weber según el cual “la mayor parte de la población rural y de las pequeñas ciudades de Francia, tan recientemente como en 1870, no se veían como miembros de la nación francesa, y muchos todavía no lo hacían tan tarde como en la primera Guerra Mundial”. Para cada pueblo, la revolución capitalista comienza con la revolución comercial y el surgimiento de la burguesía, y se acaba con la revolución industrial que da origen al fenómeno del desarrollo económico, o sea del proceso de acumulación de capital y de incorporación de progreso técnico, llevando al aumento sostenido de la renta *per capita*. Entre las dos revoluciones, o en conjunto con la última, aparece la revolución nacional, o sea la formación del Estado-nación y por lo tanto, la transformación del pueblo originario en una nación.

Después de la revolución nacional, el nacionalismo sigue siendo esencial, porque la competencia económica entre las naciones se torna crecientemente fuerte en la medida en que los mercados se abren a la misma. El nacionalismo se expresará entonces en una estrategia nacional de desarrollo, o una estrategia nacional de competencia: un conjunto de instituciones, políticas, acuerdos y prácticas que crean oportunidades de inversión para los empresarios y unen a la nación.

Las naciones no necesariamente tienen un mismo idioma, ni una misma religión, ni siquiera una etnia común, pero siempre tienen una historia común garantizando al gran grupo social una razonable homogeneidad cultural y, como señaló Otto Bauer (1979), por eso mismo comparten “un destino común”.<sup>4</sup> Las naciones son

---

<sup>4</sup> Anthony Smith (1994, p.148) es visto generalmente como un estudioso cuya definición de nacionalismo envuelve a misma etnia. En verdad, lo que él muestra es que las etnias son normalmente el origen de las naciones (no significando que se

construcciones sociales, porque se constituyen y se reconstituyen permanentemente por medio de la historia, de los mitos y de los símbolos que les sirven de identificación. El hecho de que las naciones se definan esencialmente por la posesión compartida de un destino común, significa que son una forma por la cual las sociedades se organizan políticamente: por medio del nacionalismo, la sociedad define su propia identidad y se vuelca hacia objetivos. El nacionalismo es esa autorreflexión o, como propuso Álvaro Vieira Pinto (1960, p.307), es “la conciencia auténtica de la realidad nacional”. Es la forma por la cual la nación se ve a sí misma y por la cual define dos objetivos fundamentales: autonomía y desarrollo económico.

Con ese objetivo, aunque no sea un requisito de las naciones que haya una misma religión, muchas veces el nacionalismo, en el proceso de construir y consolidar el Estado-nación, usa la religión como instrumento de cohesión social y fortalecimiento de legitimidad. El primer Estado-nación que surgió en la historia fue Inglaterra, y no fue por casualidad que Enrique VIII fue pionero en esa práctica, al crear la Iglesia Anglicana. Aunque en los países ricos la reacción antagónica a ellos que aparece hoy en el Medio Oriente sea identificada con el fundamentalismo religioso, como en el caso de Irán, en realidad es una manifestación del nacionalismo usando la religión como forma de legitimación – tan nacionalista como fue y es la construcción de Israel, usando igualmente la religión.<sup>5</sup> A su vez, los movimientos políticos considerados de izquierda en América Latina, como en la Bolivia de Morales, son principalmente expresiones del nacionalismo en el esfuerzo de obtener la cohesión de la nación y la construcción de un Estado que sirva de instrumento de desarrollo.

Existe una relación de mutuo refuerzo entre nación, Estado y Estado-nación. La primera, es una forma de sociedad; el segundo, la institución principal de esa sociedad, y el tercero la unidad político-territorial propia del capitalismo. El Estado expresa la nación, pero ella sólo existe si el propio Estado se constituye y, además de regular a la propia nación, logra controlar de forma soberana un territorio, para constituirse en estado-nación. La nación sólo merece ese nombre cuando es una sociedad que, además de compartir un destino común, está lo bastante cohesionada y fuerte como para lograr autonomía, dotarse de un Estado y de un territorio y así constituir un Estado-nación.

Esas tres realidades sociales, que nacen de la revolución capitalista, están, además, intrínsecamente relacionadas con el objetivo del desarrollo económico, porque en la medida en que las sociedades capitalistas se definen por la acumulación de capital y la incorporación de progreso técnico por parte de empresas en constante competencia, esas sociedades son intrínsecamente dinámicas y, por lo tanto, el escenario necesario

---

mantengan así), y que la transición de la condición de etnia a la de nación es “difícil de problemática”; ella se da cuando un grupo nacional líder logra crear un Estado, y concretar enseguida la “incorporación burocrática” de los grupos sociales en cuestión.

<sup>5</sup> Robert Pape (2005), estudiando 375 casos de ataques suicidas en Medio Oriente, concluyó que en 95% de los casos la motivación fue principalmente nacionalista; apenas en el 5% restante fue religiosa.

para el desarrollo económico. A su vez, el capitalismo es un tipo de organización de la sociedad cuya legitimidad no depende de la tradición o de la fuerza, sino de la capacidad de producir mayor bienestar.

Finalmente, el desarrollo económico es condición de la independencia nacional. Por eso es que las naciones, que son una de las dos formas de sociedad capitalista políticamente organizada, están siempre centradas en su propia seguridad o autonomía y en el desarrollo económico. Las sociedades modernas, sin embargo, tienen otros objetivos políticos, como la libertad, la justicia social y la defensa de la naturaleza. Cuando esos son los objetivos, no hablamos de nación sino de sociedad civil. En realidad, es la misma sociedad, pero las formas de interacción y el peso de los diversos actores (que siempre dependen del capital, del conocimiento y de la capacidad de organización), varía según que esa sociedad se organice como nación y busque la autonomía y el desarrollo, o que como sociedad civil luche por la libertad, la justicia y el desarrollo sustentable.

De acuerdo con Ernest Gellner, que fue el más notable analista del nacionalismo, la historia de la humanidad está dividida en tres fases – preagraria, agraria letrada, e industrial – y el nacionalismo es la ideología fundamental de la tercera fase. En las sociedades industriales, que estoy denominando capitalistas, los Estados-nación son la forma de organización político-territorial que sustituye al Imperio. Mientras que en las sociedades precapitalistas más avanzadas, que Gellner llama sociedades agrarias letradas, los imperios clásicos se limitaban a dominar a las sociedades vecinas y someterlas al pago de impuestos, sin interferir en los métodos de producción, en las sociedades industriales los Estados-nación están volcados inicialmente a la industrialización o al desarrollo económico, y por ello precisan establecer entre todos sus miembros códigos de comunicación que permitan alcanzar una productividad creciente. Por eso, un único idioma es casi una necesidad, y la educación pública, una necesidad absoluta, porque es la que define los símbolos de comunicación social comunes y permite el aprendizaje de formas cada vez más avanzadas de producción. El nacionalismo, en ese contexto, “significa la imposición de una alta cultura *en una* sociedad donde predominaban bajas culturas *en la* mayoría, si no en la totalidad de la población. Significa la difusión de un idioma para la comunicación tecnológica mediatizado por la escuela y burocráticamente supervisado” (Gellner 1983, p.57).

El nacionalismo, por lo tanto, es producto e instrumento de la revolución capitalista o de la modernización. En ese proceso, en el que es esencial un razonable grado de cohesión social y de legitimidad política, el papel del nacionalismo es garantizar la autonomía y el desarrollo económico nacional. El nacionalismo es la ideología del Estado-nación que, a su vez, es la forma de unidad político-territorial propia del capitalismo. Durante la revolución comercial, la burguesía no se organizó en estados-nación sino en ciudades-estado, a partir de las cuales realizaba el comercio de larga distancia, caracterizado por su pequeño volumen, alto riesgo y altos márgenes de ganancia monopólica. Esa forma de comercio fue efectiva para concretar la acumulación originaria de capital, aunque insuficiente para que surgiese la Revolución Industrial.

Para eso, eran necesarias economías de escala, incompatibles con el comercio de larga distancia pero posibles desde que se formasen los grandes estados-nación. Las revoluciones nacionales surgen, entonces, un poco antes que las respectivas revoluciones industriales, para dar origen a los primeros estados-nación plenos: Inglaterra y Francia.<sup>6</sup> Son esencialmente las economías de escala las que están por detrás de la asociación entre el monarca y la burguesía, en la constitución de los estados-nación. Al monarca le interesaba ver su poder ampliado, a la burguesía, la posibilidad de ampliar decisivamente su comercio y pasar a la etapa de la gran industria. No es casualidad, entonces, que estado-nación y nacionalismo, estén intrínsecamente identificados con el desarrollo capitalista.

Aunque originariamente haya sido una ideología de la burguesía, por ser esta la principal interesada en la formación del estado-nación, o Estado Nacional, el nacionalismo no podía ser sólo eso. Una ideología dominante solo tiene sentido si por un lado amplía su ámbito de influencia y justifica el sistema de poder vigente, y por otro atiende también a los intereses de los dominados. El nacionalismo, al tener como razón de ser la unión de la sociedad nacional, sólo tendría sentido si también tuviera un carácter popular. Sólo así podría solidarizar a la nación tanto en la defensa del territorio nacional – el patriotismo significa la disposición a morir por la patria – cuanto en la competencia económica con las demás naciones. Para eso, el nacionalismo precisaba afirmar la posibilidad de ganancias mutuas para capitalistas y trabajadores, que se originan en el aumento de la productividad, por ende, en el desarrollo económico.

Para los socialistas revolucionarios del siglo XIX, como Marx y Engels, el nacionalismo era inaceptable, justamente porque afirmaba esa solidaridad que ellos negaban ante la gran explotación que existía. Y por eso, eran internacionalistas. Al mismo tiempo que negaban que los trabajadores pudiesen participar de los beneficios del desarrollo económico por el aumento de los salarios en proporción al aumento de la productividad, afirmaban la posibilidad utópica de una revolución socialista mundial. La historia, sin embargo, ya mostraba lo que sería evidente más tarde: que existía la posibilidad de ese reparto, que en el capitalismo, en el proceso de desarrollo económico, los salarios tienden a crecer proporcionalmente con el aumento de la productividad. Ese crecimiento relativamente equilibrado, sin embargo, no se da naturalmente: depende de la demanda activa de los socialistas. Probablemente por eso los socialistas – o sea aquellos que dan un peso importante a la justicia social – son también nacionalistas y antiimperialistas. A ellos no les basta con luchar contra la desigualdad dentro de su propio país; precisan también luchar contra las desigualdades entre las naciones – algo que se logra por la cohesión de ellas, por su nacionalismo y, en consecuencia, por su capacidad de establecer una estrategia nacional de desarrollo.

---

<sup>6</sup> No considero a Portugal y España como los primeros estados-nación, porque la revolución industrial que completaría a la revolución capitalista surgió en ellos mucho más tarde.

## Nacionalismo del centro y de la periferia

El nacionalismo en los países centrales tiene como contrapartida el internacionalismo; en los países periféricos o los en desarrollo, la contrapartida del nacionalismo es el cosmopolitismo o la mentalidad colonial.<sup>7</sup> El nacionalismo es la ideología de quienes reconocen la relación de competencia existente entre los estados-nación, definen como obligación de su gobierno defender el interés nacional, o sea el interés del trabajo, del conocimiento y del capital nacional. Creen que el desarrollo económico debe ser alcanzado por medio de las inversiones financiadas por el ahorro interno, y juzgan que las decisiones gubernamentales volcadas hacia el interés nacional deben ser adoptarse de acuerdo con criterios nacionales. Ese concepto de nacionalismo es válido tanto para los ciudadanos de los países en desarrollo o periféricos, cuanto para los países ricos o centrales.

Hélio Jaguaribe (1958, p.21), pensando en los países periféricos, define el nacionalismo como “el propósito configurador y preservador de una nacionalidad históricamente posible, experimentada como necesaria por sus miembros, pero todavía no constituida políticamente”. Ya la mentalidad colonial o dependiente del cosmopolita implica la existencia del complejo de inferioridad colonial, o sentimiento de inferioridad, y en consecuencia la aceptación como ‘cosa natural’ de la subordinación de la nación. Para él, la dependencia de su país es inevitable y quizás ni siquiera sea perjudicial. Subestima la competencia entre las naciones y la hegemonía ideológica del centro, cree que el país no tiene recursos para financiar su desarrollo y necesita recurrir al ahorro externo para crecer; supone que la política del *confidence building* es esencial para que el país pueda contar con esos ahorros, y entiende que el gobierno no debe diferenciar al capital nacional del extranjero. En los países ricos, quien tiene esos puntos de vista en relación a los países en desarrollo no es cosmopolita sino globalista o imperialista, porque ellos atienden a los intereses de la dominación imperial, es un internacionalista utópico cuando su posición de izquierda lo lleva a rechazar el nacionalismo porque quiere un mundo solidario y justo. Una tercera posición es la de los que son claramente antiimperialistas, porque ven de forma crítica las acciones imperiales de su país. Sin embargo, al revés de lo que sucede en los países periféricos, aún aquellos que rechazan las acciones imperialistas de su país son nacionalistas, porque están identificados con su nación.

Aunque las elites de los países ricos sean fuertemente nacionalistas, en la medida en que no tienen dudas respecto de que es deber de su gobierno defender el trabajo, el conocimiento y el capital nacionales, con frecuencia disfrazan (ocultan) su nacionalismo condenando esa ideología como violenta para así poder acentuar la interdependencia y la cooperación entre los pueblos. Esa es una retórica inconsciente pero efectiva

---

<sup>7</sup> Uso la expresión “cosmopolitismo”, usada originalmente por Hélio Jaguaribe (1962), para evitar la expresión más agresiva de “entreguismo”.

de dominación – es una forma por medio de la cual esas elites neutralizan la resistencia de las naciones en desarrollo a la explotación, o aún, en una etapa más avanzada, su capacidad de competencia industrial. Las naciones de los países desarrollados son cohesionadas, prácticamente no existen ciudadanos que no sean nacionalistas. Esa expresión deja de ser distintiva y puede usarse con un sentido peyorativo respecto de terceros países. El nacionalismo está, de ese modo, relacionado retóricamente con el populismo económico, y sus defensores son identificados con el atraso y la resistencia a la modernidad. Y si hubiese resistencia a esa visión negativa, se agrega una distinción: una cosa sería el nacionalismo, que es malo; otra cosa, el patriotismo, que es bueno.

La condenación del nacionalismo en los países ricos es reforzada por el recuerdo de sus propias experiencias internas, por los momentos en que, en el pasado, fue expresión de antisemitismo y hoy de reacción contra la inmigración. Entendido en estos términos, el nacionalismo es un mero racismo. Es preciso, sin embargo, observar que no estoy hablando de este tipo de nacionalismo, no sólo porque es radical sino también porque es un nacionalismo étnico volcado contra conciudadanos o cohabitantes, a los cuales se niega la ciudadanía. Es ese nacionalismo el que, por ejemplo, lleva a Pierre Birnbaun (1993) a hablar con indignación no del nazismo – expresión límite del nacionalismo étnico – sino del odio que separaría a las ‘dos Francias’: una republicana y racional y otra, conservadora y nacionalista. Aunque es sabido que esta perversión del nacionalismo está siempre rondando a cada sociedad nacional, no es de ese tipo de nacionalismo que estoy hablando en este trabajo.

Partha Chatterjee (1993), para quien el nacionalismo anticolonial es una categoría fundamental, resumió en los siguientes términos la suerte de la ideología nacionalista después de la Segunda Guerra Mundial. En los años 1950 y 1960, el nacionalismo era visto de forma positiva como parte de las luchas anticolonialistas, pero en la medida en que se comenzaba a pensar en la modernización de los países en términos de desarrollo económico, era relegado a una posición secundaria. En los años 1970, el nacionalismo ya había sido transformado en un problema de política étnica. Más recientemente, pasó a ser considerado, en los países ricos y hasta en los países en desarrollo subordinados ideológicamente, como “una fuerza oscura, elemental, imprevisible, que amenaza la vida ordenada y calma de la vida civilizada”. El resultado de esa operación ideológica de “acusar” a los otros de nacionalistas, es el debilitamiento de la capacidad de resistencia eventualmente existente en los países explotados y/o competidores. Es una forma, entre muchas, por medio de la cual la hegemonía ideológica de los países ricos altera el sentido de las palabras y ejerce la dominación.

El nacionalismo está, por lo tanto, implícito en los países centrales, mientras que en los periféricos, si no es explícito deriva fácilmente al cosmopolitismo. Cuando el cosmopolitismo se torna dominante, como lo fue en el Brasil entre 1822 y 1930, y volvió a serlo a partir del comienzo de los años 1990, la nación se debilita y el país se define mejor como una semi colonia que como una nación. Además de tener su origen en la hegemonía



ideológica de las potencias imperiales, el cosmopolitismo es resultado de la tentación a que están sometidas las elites de los países en desarrollo de asociarse a las elites de los países centrales, en vez de hacer un pacto nacional con su propio pueblo.

En los países ricos, no obstante que los conflictos de clase están siempre presentes, las elites no tienen otra alternativa política que establecer una alianza con el resto de la sociedad, porque ello es necesario al interés de la nación. Ya en los países periféricos, aunque la nación también sea necesaria para que haya desarrollo económico, es común que sus elites se sientan más seguras asociándose con las elites de los países dominantes, confirmando la tesis radical de que “el capital no reconoce fronteras”. Tesis pretendidamente de izquierda y en realidad falsa, porque favorece la dominación imperial. Conforme lo recuerda István Mészáros (1987, p.15), “la dominación colonial es tradicionalmente inseparable de la voluntad de sumisión (sometimiento) de la clase dominante local”.

### **Nacionalismo e imperialismo**

El nacionalismo es inevitable en las relaciones entre las naciones – en las relaciones internacionales – porque si una nación decidiera utópicamente no serlo, otras no seguirán ese consejo, beneficiándose de la ingenuidad del primero. No es por otra razón que, en las relaciones internacionales es dominante la teoría realista que parte del presupuesto de la defensa de los intereses nacionales por los participantes del juego internacional. El nacionalismo es una ideología poderosa que está presente tanto en las relaciones entre estados-nación semejantes que compiten entre sí, cuanto en las relaciones entre los países del centro y los de la periferia. En el caso de las relaciones entre estados-nación iguales, los nacionalismos a veces chocan, aunque a veces también cooperan. Ya en la relación entre desiguales, entre el centro y la periferia, el imperialismo del más fuerte es inevitable. Éste será tanto más fuerte cuanto más débil sea el nacionalismo antiimperialista del periférico. Hay diversas teorías históricas de imperialismo, que no es el caso de mencionar aquí (cf. Lawrence, 2005). Aquí basta con que entendamos que el imperialismo es una condición necesaria no derivada simplemente de la relación de fuerzas entre los estados-nación, sino de la relación de avance y retroceso entre esos estados. Los estados-nación ricos y poderosos no someten a los países ricos y pequeños al imperialismo porque los intereses mutuos de solidaridad son fuertes. Respecto de los países de renta media y de los países pobres, la relación imperial es inevitable, aunque se modifica en la medida en que cambia la relación de fuerzas.

En una primera fase, cuando el nivel de desarrollo en la periferia es muy bajo, existen relaciones esencialmente de explotación, pero más tarde, a medida que esos países se industrializan, se transforman también en relaciones de competencia. Entre los ricos la competencia es dura, pero ellos tienen algo muy importante en común – el alto salario promedio – que produce inmediatamente una solidaridad en relación a la periferia, que tiene la ventaja competitiva de los salarios bajos. Es por eso que aunque los países ricos y pequeños no sean

imperialistas, es razonable identificar el centro imperial con los países ricos y a la periferia con los países en desarrollo. Grandes o pequeños, los países centrales ven como una amenaza la competencia de los productos baratos de la periferia y, cada vez más, de los inmigrantes pobres.

Cuando las fuerzas son dispares, las relaciones imperialistas por parte de los países ricos son inevitables, no dependiendo de la voluntad de este o de aquel gobernante. Dichas relaciones son tan inevitables como las imperialistas que existen entre los países de renta media y los países pobres vecinos.<sup>8</sup> La capacidad de resistencia de los países periféricos, no depende sólo del nivel de desarrollo económico, sino también de razones culturales. Los países asiáticos dinámicos, por ejemplo, cuando lograron su independencia, después de la Segunda Guerra Mundial, revelaron un nacionalismo mucho más fuerte que el de los latinoamericanos cuya independencia se dió casi 150 años antes. Muchas son las razones para eso, pero el hecho de que las elites latinoamericanas sean, o imaginen ser, de la misma raza europea que los dominadores, mientras que las elites asiáticas son de una raza diferente, contribuye para que las de la América Latina se asocien más fácilmente con las elites centrales que las de Asia.

Además de eso, no puede ser ignorado el nivel más elevado de las civilizaciones asiáticas existentes, antes de ser sometidas al yugo colonial, en relación a las indígenas existentes en América Latina antes de 1500. Mientras que Occidente sólo logró someter al imperialismo a Asia entre 1800 y 1950, dicha dominación fue mucho más larga y profunda en América Latina. En el Asia, una excepción es Filipinas que, como no tenían una civilización importante, fue colonizada desde 1571, primero por España y luego por los Estados Unidos, permaneciendo bajo el yugo imperial hasta 1946. Probablemente por eso sus elites, como sucede con las latinoamericanas, esperan identificarse racialmente con las elites del Occidente (Constantino, 1978). No es, por lo tanto, casualidad que su tasa de crecimiento *per capita* desde 1950 haya sido muy inferior a la de sus vecinos dinámicos<sup>9</sup>

En la relación imperio-colonia o centro-periferia existe una cuestión de grado de dominación. Cuanto mayor sea la desproporción de poder entre el imperio y la colonia, más brutal será la explotación y más fácil será para aquél lograr la colaboración de las elites locales. Por eso, en la medida en que un país periférico se desarrolla y aumenta su poder en relación al centro, el imperio tiene que cambiar sus estrategias de dominación. El desequilibrio de fuerzas puede ser total, como vimos en la destrucción de las civilizaciones indígenas en las Américas por los europeos y sus descendientes. Puede ser parcial, como pasó en la relación entre potencias imperiales y América Latina, después que éstos países se hicieron formalmente independientes, a principios del siglo XIX y fue aún más parcial, a partir de los años 1990, cuando esos países, después de sesenta años de

<sup>8</sup> Basta ver las relaciones del Brasil con Bolivia.

<sup>9</sup> Mientras que la renta *per capita* media de Corea, Taiwan, Tailandia, Malasia e Indonesia creció nueve veces (1011%) entre 1950 y 2003, la renta *per capita* de las Filipinas creció apenas 136%, poco más de dos veces.

razonable autonomía, volvieron a subordinarse a los países centrales. En este último caso, el uso directo de la fuerza pierde importancia, tornándose fundamental la dominación ideológica.

Las fuerzas armadas de los países centrales ceden lugar a sus universidades, a su cine, a sus asociaciones de empresarios. Ahora lo fundamental es cooptar a las elites intelectuales para que sus intereses no choquen directamente con los del centro para, así poder, dominar a las elites empresarias que sí tienen algo que ganar y mucho que perder. Entre los intelectuales, los economistas desempeñan un papel ideológico estratégico, y es por esa razón que los países centrales atribuyen gran prioridad a la tarea de atraerlos para hacer sus estudios de doctorado en sus universidades.

Mientras que en las formas más brutales de imperialismo, el objetivo es sólo el arrebato y la esclavización de los dominados, en los imperialismos formalmente constituídos es la cobranza de impuestos a los países dominados. En el caso del imperialismo sobre estados-nación semicoloniales, como lo fue el imperialismo sobre América Latina, después de su independencia, las formas de explotación son más sofisticadas. Durante mucho tiempo, el liberalismo económico fue un arma poderosa, mediante la cual se buscaba evitar que los países periféricos se industrializaran. El libro de Ha-Joon Chang, *Chutando la escada (Pateando la escalera)* (2002), es el mejor resumen hasta hoy escrito sobre cómo el liberalismo comercial fue usado por los países ricos para ejercer su dominación imperialista.

Más recientemente, después que la industrialización se hiciera inevitable, surgieron nuevas formas de explotación y de neutralización del desarrollo de los países periféricos. El nuevo imperialismo tiene como instrumento principal no la globalización comercial, como todavía piensan muchos, sino la financiera.<sup>10</sup> La globalización comercial es una oportunidad que muchos países de renta media están aprovechando para crecer, usando su mano de obra barata. La globalización financiera interesa sólo a los países ricos. La idea central es abrir la cuenta de capitales de los países periféricos, al mismo tiempo que son convencidos de que “no hay más recursos para financiar su desarrollo”. Por lo tanto “sólo podrán crecer con ahorro externo” – o sea, con déficit en cuenta corriente y endeudamiento externo creciente. El resultado es que los países que aceptan el consejo pierden el control de su tasa de cambio, que se aprecia y lo que tenemos no es crecimiento sino una elevada sustitución del ahorro interno por externo, así como endeudamiento externo.

En verdad, la política de crecimiento con ahorro externo apenas refuerza la tendencia a la sobre apreciación de la tasa de cambio que existe en los países en desarrollo, principalmente en aquellos ricos en recursos naturales, víctimas de la enfermedad holandesa. Si los países no se dan cuenta de esa tendencia y tratan de neutralizar la

---

<sup>10</sup> David Harvey (2003) escribió un buen libro con el título de *el nuevo imperialismo*, donde destaca que la forma principal de ese imperialismo es la hegemonía ideológica. Sin embargo, no se da cuenta de que el contenido del imperialismo cambió de la apertura comercial a la financiera.

enfermedad holandesa y más ampliamente, administrar su tasa de cambio, resultan condenados a tasas de crecimiento inferiores. Es eso lo que ocurre con los países latinoamericanos y africanos, con excepción de Chile y especialmente de la Argentina en los últimos cinco años. Ya los países asiáticos dinámicos, que rechazan la ortodoxia convencional y conservan su soberanía nacional, crecen aceleradamente, logran el *catch-up*, y se transforman en grandes competidores de los países centrales.

Cuando el nacionalismo se superpone al cosmopolitismo, como sucedió en los años 1930 en muchos países de América Latina, el país en cuestión adquiere o readquiere su carácter de nación y pasa a estar en condiciones de competir internacionalmente. Realiza, así, la vocación o el papel de los estados-nación en el capitalismo, que es competir. Eso no significa que los estados-nación no puedan también cooperar. Ellos cooperan, además, porque sólo así es posible establecer las reglas de la competencia. Las Naciones Unidas y las demás agencias multilaterales son el resultado más significativo de esa cooperación – lo que no significa que esas instituciones sean neutras. Algunas de ellas, especialmente el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, son controlados por accionistas y acaban funcionando como agentes de los países ricos, como se vió en la crisis de la deuda externa de los años 1980, cuando adoptaron una acción claramente aviesa a favor de los países ricos, o como también sucedió en los años 1990, cuando esas agencias fueron transformadas en instrumentos de la globalización financiera y de la estrategia de crecimiento con ahorro externo.

La economía brasileña crece hoy de forma muy lenta, a tasas muy inferiores a las de los demás países en desarrollo, y especialmente en comparación con los países asiáticos dinámicos. De acuerdo con la explicación neoliberal, el fracaso del Brasil en desarrollarse es la “falta de reformas” y el populismo de nuestros políticos. Mi convicción es que esa casi estagnación tiene una causa política fundamental y una consiguiente causa económica. La causa política es la pérdida de la idea de nación que azotó a los brasileños, o sea el grave debilitamiento de la nación producido a partir del final de los años 1960 y acelerado en el final de los años 1980. La causa económica es la aceptación del Brasil, a partir del principio de los años 1990, de la “estrategia” propuesta por nuestros competidores del Norte, la ortodoxia convencional, y principalmente la política de apertura financiera y crecimiento con ahorro externo nos llevó a perder el control de nuestra tasa de cambio (Bresser-Pereira, 2007).

Las naciones no tienden a fortalecerse, sino que pasan por ciclos de mayor o menor cohesión. Eso es lo que explica la célebre frase de Ernest Renan (1993, p.55), para quien “la nación es un plebiscito de todos los días”. Si no hubiera por parte de sus miembros un compromiso constantemente renovado, si su nacionalismo no fuese siempre reafirmado, la nación pierde cohesión y puede hasta desaparecer. En el caso del Brasil, el nacionalismo fue una ideología dominante entre 1930 y 1960, y ese hecho fue esencial para que en ese período se diesen concomitantemente las revoluciones nacional e industrial. En 1964, sin embargo, después de una grave crisis económica y política, los dos grupos nacionalistas que habían liderado el desarrollo anterior – la

burguesía industrial y la burocracia pública –, atemorizados por la radicalización política causada por la Revolución Cubana de 1959, instalaron un régimen autoritario en el Brasil. Aunque esas dos clases siguieran siendo nacionalistas, en los veinte años siguientes, el nacionalismo perdió legitimidad en los sectores democráticos de la sociedad brasileña. La teoría de la dependencia que se formó después del golpe militar de 1964 y se hizo dominante, a partir del comienzo de los años 1970, tuvo un papel decisivo para minar al nacionalismo, al afirmar de manera perentoria la imposibilidad de la existencia de una burguesía nacional en el Brasil y aceptando la asociación o sumisión al Norte como una forma de desarrollo, sin burguesía nacional.

Como una especie de desmentido práctico a la teoría de la dependencia, en el final de los años 1970 se formó un nuevo y gran pacto político nacional y popular, reuniendo a empresarios, trabajadores y clases medias, que promovió la transición democrática de 1984. El nuevo régimen que se estableció en 1985, sin embargo, no se mostró capaz de enfrentar la crisis de la deuda externa de los años 1980, que se transformaba en crisis fiscal del Estado y en crisis de alta inflación inercial. Ese fracaso, sumado a la teoría de la dependencia, debilitó aún más a la nación brasileña que, a partir del comienzo de los años 1990, no fue capaz de resistir a la onda neoliberal ni a la hegemonía ideológica de los Estados Unidos que, después del colapso de la Unión Soviética, parecía irresistible. En consecuencia, desde 1991 el Brasil adopta fielmente los preceptos de la ortodoxia convencional y crece de manera insatisfactoria. Desde entonces hubo sólo un gran momento de la política económica competitiva, que fue el Plan Real (1994), una estrategia de estabilización de la alta inflación basada en una teoría nacional, desarrollada principalmente por economistas brasileños, la teoría de la inflación inercial, totalmente ajena a las propuestas que nos hacía entonces la ortodoxia convencional.

### **Nacionalismo y particularismo**

Sólo el nacionalismo, entre las cinco grandes ideologías contemporáneas, es una ideología individualista. Según Barbosa Lima Sobrinho (1963, p.11), mientras el patriotismo y el nativismo, que se confunden en parte con el nacionalismo, pueden ignorar los conflictos de intereses, “la sustancia del nacionalismo es un antagonismo de intereses o de ideales”. Las otras ideologías que surgen con el capitalismo son ideologías universales que pueden ser compartidas igualmente por toda la humanidad. Aún dentro de una perspectiva utópica, el mundo no podría vivir sin las otras cuatro ideologías, pero sobreviviría sin el nacionalismo, ya que todos los hombres serían hermanos. Por eso, el grado de utopía que existe en cada uno de nosotros resiste al nacionalismo. Mientras las propuestas de organización económica y política del liberalismo y del socialismo están abiertas a la humanidad, la del nacionalismo está limitada a cada nación. Los liberales perciben esa contradicción, pero en la práctica no rechazan el nacionalismo porque perciben que éste, al promover la cohesión nacional, también legitima la dominación burguesa. Los socialistas revolucionarios, coherentes con el elemento utópico de su visión del mundo, rechazan el nacionalismo, confiando hacer su revolución en un plazo relativamente corto y

por ello son internacionalistas, suponiendo que los trabajadores de los países ricos se solidarizarán con los de los países en desarrollo.

Ernest Gellner, según lo señaló Roman Szporluk (1988, p.27), criticó esa tesis de la solidaridad, a la que vió como un mito: “el nacionalismo y no el marxismo, está mejor equipado para dar cuenta de las características y consecuencias políticas y sociales de la industrialización”. Para los reformistas o social-demócratas, la perspectiva puede ser muy diferente: el nacionalismo puede ser una bandera importante, porque ellos ven al desarrollo económico, y a la revolución nacional y burguesa, como una condición para la creación de sociedades más justas. Por otro lado, consideran que el nacionalismo permite unir a la nación en su lucha antiimperialista. Pero muchos, como Michael Löwy (2003, p.259), prefieren distinguir el nacionalismo de los “movimientos nacionales de emancipación”, afirmando que, “mientras los movimientos nacionales son emancipatorios, el nacionalismo es con frecuencia una ‘falsa solución’”.

El individualismo del nacionalismo está en contradicción con las aspiraciones utópicas de cooperación y solidaridad universales, aunque es coherente con la aspiración de justicia en el ámbito global. Según lo demostró David Miller (1995; 2000, p.177) en sus trabajos, el nacionalismo y la autodeterminación de los pueblos es una condición para que haya justicia global. Más específicamente, afirma que la justicia global puede ser resumida en tres capítulos: “la obligación de respeto de los derechos humanos básicos, en el ámbito global; la obligación de no explotar a los individuos y las comunidades vulnerables; y la obligación de garantizar a todas las comunidades políticas la oportunidad de alcanzar la autodeterminación”. Además de eso, el nacionalismo es coherente con la lógica de la sociedad en que vivimos.

En las sociedades precapitalistas, dependiendo de su grado de desarrollo, los individuos estaban organizados en familias y tribus o en familias e imperios. En el capitalismo liberal, estaban organizados en familias, empresas familiares y estados-nación; mientras que en el capitalismo tecnoburocrático de hoy, los individuos están estructurados en familias, organizaciones y estados-nación. El papel social que se espera de cada individuo es que se solidarice – que “se ponga la camiseta” de su familia, de las organizaciones empresarias y asociaciones de las que participa, así como de su estado-nación. Se espera que también coopere porque, aunque la lógica de la actuación de esos tres tipos de sistema social sea la de la competencia, es también la de la cooperación. Ella es necesaria como mínimo para que puedan ser establecidas las reglas de la competencia. Pero en cualquier hipótesis, es racional para el individuo solidarizarse con su familia, sus organizaciones y su estado-nación. El nacionalismo no es otra cosa que esa solidaridad básica del ciudadano con su patria o nación.

En el capitalismo de la globalización, más que en cualquier otro momento del desarrollo capitalista, el nacionalismo y la capacidad de los países de definir informalmente una estrategia nacional de desarrollo o de competencia, son esenciales para que el desarrollo económico se concrete y el *catch-up* sea alcanzado. Sin

embargo ese hecho no es suficiente para llevar a los ciudadanos de los países en desarrollo – aún aquellos que no cuentan con la revolución socialista – a resistir al individualismo nacionalista. Además de tener en contra el bombardeo sufrido por el pensamiento hegemónico venido del Norte, el nacionalismo tiene también una historia terrible de violencias con aquél. Cuando el nacionalismo se torna radical, es aún más terrible que el liberalismo o el socialismo: en el límite, lleva a la guerra y al genocidio. Ese hecho hace más fácil al Norte, cuyo nacionalismo no está en juego, la deslegitimación del nacionalismo del Sur. El nacionalismo de los países periféricos, sin embargo, resiste el asalto.

No obstante, el nacionalismo sobrevive en los países en desarrollo. Leyla Perrone-Moysés publicó recientemente un bello libro cuyo título, *Vira y mexe, nacionalismo (Gira y sacúdete, nacionalismo)*, es una frase de Mário de Andrade. Aunque la notable ensayista no tenga simpatía por el nacionalismo, lo que está señalando con ese título es su capacidad de supervivencia: a pesar de estar constantemente bajo el fuego de la crítica hegemónica y de la universalista, el nacionalismo resiste, gira y se sacude, reaparece. A partir de la perspectiva universalista, Perrone-Moisés (2007, p.15) afirma algo que le parece una paradoja: “En el mundo actual, globalizado por la economía y por la información, se da al mismo tiempo un debilitamiento del estado-nación y un recrudescimiento de los nacionalismos. Cuanto más el capital y la información desconocen las fronteras, éstas son reforzadas para y contra los individuos”. Con eso, ella está criticando el nacionalismo de los países ricos que cierran sus fronteras a la inmigración de los pobres del resto del mundo, al mismo tiempo que la globalización se torna dominante en todo el mundo.

No hay, sin embargo, contradicción en ese aumento de los nacionalismos en el cuadro de la globalización. Ella es consecuencia de la apertura general de los mercados y significa un aumento extraordinario del nivel de competencia económica entre los estados-nación, haciendo aún más necesaria la capacidad de éstos de formular estrategias nacionales de competencia. En otras palabras, hizo aún más necesario que los países hoy caracterizados como democráticos, liberales, sociales y volcados a la protección de la naturaleza, sean también nacionalistas.

La teoría de la democracia moderna tiene como uno de sus pilares a la protección de los derechos de las minorías – en primer lugar, de la propia minoría capitalista, pero también de las minorías étnicas y culturales. Dentro de cada estado-nación, cabe a la respectiva constitución garantizarlos. La sociedad internacional, sin embargo, no tiene una constitución, ni un Estado para garantizar dichos derechos. El documento que más se aproxima a una constitución mundial es la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Por lo tanto, a las naciones no les queda más opción que la de identificarse como tales, y defender sus intereses; porque no existe un Estado mundial. Durante tres siglos, desde por el menos los tratados de Westfalia, los estados-nación en formación estaban preocupados en definir sus fronteras, y se amenazaban con guerras, en el marco de la diplomacia del equilibrio de poderes. Desde el final de la guerra fría, la política internacional tiende a sustituir

la amenaza de guerra en las relaciones internacionales, entre los grandes países, por la estimulación de la competencia económica entre las naciones que propia de la globalización (Bresser-Pereira, 2003).

En el seno de las naciones hay actualmente una crítica creciente al individualismo multiculturalista. El aumento constante de las migraciones internacionales hacia los países ricos, llevó inicialmente al multiculturalismo, pero más recientemente se reafirmó la necesidad de la integración nacional. En vez de la tesis política de carácter multiculturalista, del reconocimiento del otro, que aumenta las identidades y los conflictos, la propuesta es que el reconocimiento sea identificado con el derecho a la participación igualitaria de los grupos minoritarios (cf. Fraser, 2007). Esa propuesta tiene sentido en el marco de un estado-nación democrático, donde el sujeto (o actor portador de derechos de que habla Alain Touraine, 2005, 2007) es una realidad: es el ciudadano reconocido por la sociedad y por la ley. Sin embargo, dicha propuesta carece de sentido en un marco internacional donde no existe un Estado mundial que garantice derechos. La fuerte crítica que, por ejemplo, hace Zygmunt Bauman (2005) a un identitarismo que ganó fuerzas en el mundo contemporáneo, no hace esa necesaria distinción. Mientras que en el plano interno de las democracias modernas, los grupos pueden identificarse como sujetos, sin negar los valores universales de las sociedades en que viven, porque esos valores son garantizados por las instituciones, el cuadro es distinto en el ámbito mundial. En ese nivel de crítica, aunque existan valores universales, no existe una ley que los garantice.; Es la identidad nacional la que permite al grupo nacional reunir fuerzas para garantizar sus valores e intereses. Cuando las relaciones son de competencia, los nacionalismos son menos duros y la cooperación internacional es aún más viva cuando las relaciones son de explotación. No obstante, en los dos casos no hay alternativa al nacionalismo, ya que la cooperación no es el principio dominante en las relaciones internacionales.

En síntesis, el nacionalismo es una de las cinco grandes ideologías que nacieron con el capitalismo. Como las demás ideologías, tiene legitimidad democrática si rechaza criterios étnicos y es adoptada con moderación, sin fundamentalismos. Usado de modo radical, el nacionalismo es terrible, como son también terribles las radicalizaciones de las demás ideologías y su transformación en fundamentalismos, que transforman el socialismo en estatismo, el liberalismo en neoliberalismo, el eficientismo en dominación tecnoburocrática y el ambientalismo, en rechazo de la ciencia y de la tecnología. El nacionalismo adecuado para las sociedades democráticas es un nacionalismo liberal, eficientista, socialista y ambientalista, compatible con el grado de desarrollo económico y político que alcanzaron las sociedades modernas. Es un nacionalismo moderado que rechaza la guerra, respeta a las demás naciones, y promueve la cooperación internacional en los problemas que trascienden a las fronteras nacionales, como el calentamiento global, las enfermedades contagiosas, la droga y el crimen organizado. En un mundo altamente competitivo, el nacionalismo es esencial para que un país pueda formular su estrategia nacional de desarrollo económico y, si se trata de un país en desarrollo, para que



pueda alcanzar gradualmente los niveles de vida de los países ricos, aunque debe estar combinado con los otros grandes objetivos políticos de las sociedades modernas y con los derechos de las otras naciones.

### Referencias bibliográficas

- Anderson, Benedict (1991) *Imagined Communities*. Segunda edição. Londres: Verso.
- Balakrishnan, G. (Org.) *Um mapa da questão nacional*. Rio de Janeiro: Contraponto, 2000.
- Barbosa Lima Sobrinho, A. *Desde quando somos nacionalistas*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1963.
- Bauer, O. *La cuestión de la nacionalidad y la socialdemocracia*. México: Siglo Veintiuno, 1979.
- Bauman, Z, *Identidade*. Rio de Janeiro: Zahar, 2005.
- Bresser-Pereira, L. C. Da diplomacia do equilíbrio de poderes à política da globalização. *Novos Estudos Cebrap*, n.65, p.91/110, Março 2003.
- Bresser-Pereira, L. C. (2007) *Macroeconomia da Estagnação*. São Paulo: Editora 34.
- Birnbaum, P. *“La France aux Français”*. Paris: Seuil, 1993.

- Chang, H-J. *Chutando a Escada*. São Paulo: Editora da Unesp, 2002 [2004]. Chatterjee, P. *The Nation and its Fragments*. Princeton: Princeton University Press, 1993.
- Clarke, D. M.; Jones, C. (Org.) *The Rights of Nations*. Nova York: St. Martin's Press, 1999.
- Connor, W. When is a nation?. In: Hutchinson, J.; Smith, A. D. (Org.) *Nationalism*. Oxford: Oxford University Press, 1994. p.154/9.
- Constantino, R. *Neocolonial Identity and Counter Consciousness*. White Plains, N.Y.: M. E. Sharpe, 1978.
- Fraser, N. Reconhecimento sem ética? *Lua Nova*, n.70, p.101/38, 2007.
- Gellner, E. *Nations and Nationalism*. Ithaca: Cornell University Press, 1983.
- Guibernau, M. *Nacionalismos*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1997.
- Hall, J. A. (Org.) *The State of the Nation*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.
- Harvey, D. *O novo imperialismo*. São Paulo: Loyola, 2003.
- Hobsbawm, E. J. *Nations and Nationalism since 1780*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Hroch, M. Do movimento nacional à nação plenamente formada: o processo de construção nacional na Europa. In: BALAKRISHNAN, G. (Org.) *Um mapa da questão nacional*. Rio de Janeiro: Contraponto, 2000. p.85/106.
- Hutchinson, J.; Smith, A. D. (Org.) *Nationalism*. Oxford: Oxford University Press, 1994.
- Jaguaribe, H. *O nacionalismo na atualidade brasileira*. Rio de Janeiro: Iseb, 1958.
- \_\_\_\_\_. *Desenvolvimento econômico e desenvolvimento político*. Rio de Janeiro: Fundo de Cultura, 1962.
- Lawrence, P. *Nationalism: History and Theory*. Harlow: Pearson Longman, 2005.
- Löwy, M. O nacionalismo e a nova desordem mundial. In: NOVAES, A. (Org.) (2003) *A crise do Estado-nação*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003. p.257/80.
- MacCormick, N. Liberal nationalism and self-determination. In: CLARKE, D. M.; JONES, C. (Org.) *The Rights of Nations*. Nova York: St. Martin's Press, 1999. p.65/87.
- Mészáros, I. "Introduction to *Neocolonial Identity and Counter-consciousness*". In Renato Constantino: 1987: 1/24.
- Miller, D. *On Nationality*. Oxford: Oxford University Press, 1995.
- Miller, D. *Citizenship and National Identity*. Cambridge: Polity Press, 2000.
- Novaes, A. (Org.) *A crise do Estado-nação*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003.
- Özkirimli, U. *Theories of Nationalism*. New York: St. Martin's Press, 2000.
- PAPE, R. *Dying to Win*. New York: Random House, 2005.

Perrone-Moisés, L. *Vira e Mexe, Nacionalismo*. São Paulo: Companhia das Letras, 2007. Renan, E. *Qu'est-ce qu'une Nation?* Paris: Pocket/Agora, 1993.

Smith, A. D. The origins of nations. In: HUTCHINSON, J.; SMITH, A. D. (Org.) *Nationalism*. Oxford: Oxford University Press, 1994. p.147/54.

\_\_\_\_\_. *Nationalism and Modernism*. London: Routledge, 2003.

Szporluk, R. Thoughts about change: Ernest Gellner and the history of nationalism. In: Hall, J. A. (Org.) *The State of the Nation*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988. p.23/39.

Thiesse, A.-M. *La création des identités nationales*. Paris: Seuil, 2001.

Touraine, A. *Un nouveau paradigme*. Paris: Fayard, 2005.

\_\_\_\_\_. *Penser autrement*. Paris: Fayard, 2007.

Vieira Pinto, A. *Consciência e realidade nacional*. Rio de Janeiro: Iseb, 1960.